

7320

GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA

DE

LA ZARZUELA.

LOS MONEDEROS FALSOS,

ZARZUELA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,



444

MADRID:

IMPRENTA DE J. M. DUCAZCAL, PLAZUELA DE ISABEL II, N. 6.

1859.

LOS MONEDEROS FALSOS.

LOS MONTEROS 24302

LOS MONEDEROS FALSOS.

ZARZUELA

EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

ACOMODADA LA LETRA *de?*

A LA MUSICA DEL MAESTRO ROSSI.



MADRID:

IMP. DE J. M. DUCAZCAL, PLAZUELA DE ISABEL II, N. 6.

4859.

PERSONAJES.**ACTORES.**

ANITA.....	STA. MURILLO.
SINFOROSA	SRA. SORIANO.
INES.....	STA. FERNANDEZ.
BLAS.	SR. FUENTES.
RAIMUNDO.....	SR. CORTABITARTE.
ISIDORO	SR. LANDA.
ALBERTO.....	SR. ARDERIUS.
MUJER 1. ^a	STA. GARCÍA.
IDEM 2. ^a	STA. PEREZ.
MONEDERO 1. ^o	SR. LOPEZ.
IDEM 2. ^o	SR. GARCÍA.
CORO DE MONEDEROS FALSOS.—ALDEANOS.—ALDEANAS.—	
BAILARINAS.	

La escena pasa en Lisboa , siglo XVII.

La propiedad de esta Zarzuela pertenece á DON ANTONIO LAMADRID, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de la GALERIA LIRICO-DRAMATICA DE LA ZARZUELA son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

ACTO PRIMERO.

Subterráneo: una escalera en el fondo, hácia la derecha del espectador; una puerta á la derecha y otra á la izquierda, en primer término; hornillos y objetos de elaboracion de los monederos falsos. Una lámpara alumbrá la escena.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO, MONEDEROS FALSOS.

Música.

C. MONED.^s A despecho de las gentes,
ya tenemos un tesoro:
si es buen arte hacer el oro,
para el nuestro no hay rival.

MONED. 1.^{os} Qué doblones relucientes!

MONED. 2.^{os} Qué magníficos cruzados!

ALBERTO. Con los buenos, ya mezclados,
correrán por la ciudad.

C. MONED.^s De la mano que en su fábrica
con misterio aquí se emplea,
no tendrá ninguno idea:
siempre oculta quedará.

Hablado.

ALBERTO. Al avío, y al recuento,
y basta de trabajar;
deja el oro de la liga: *(A uno.)*

- no se te pegue, galan,
que tú sabes mas que quieres.
- MONED. 4.º Todo lo habeis de mirar!
Reñís mas que el gefe mismo.
- ALBERTO. El gefe es un animal,
que, sabiendo hacer dinero,
tiene la debilidad
de amar, como aman los hombres
que carecen de caudal,
y que pagan con monedas
que nunca pueden pasar.
Como le dure ese afecto
otro mes, se perderá.
Si se perdió Salomon!
y eso que sabia mas..!
- MONED. 4.º Conque ama, y ama de veras?
- ALBERTO. Por eso la facultad
mira casi con despego;
y á no estar yo por acá...
El ni vuelve las retortas,
ni vé si hierve el metal,
ni pensando en otro busto,
hace el de su magestad;
y en punto á bustos, yo soy
realista como el que mas.
Por lo tanto, os lo prevengo,
teneis todos que velar
durante algun tiempo, mucho;
no haga la fatalidad
que el diablo lo enrede, ó ella,
que para el caso es igual.
Y dejando tiempo al tiempo,
al cabo sucederá
que ó le quiere la muchacha,
ó se le lleva Satan;
y si la logra, descansa,
y si le enterramos, mas.
Pero basta ya de plática,
que pronto amanecerá:
y antes de la aurora es fuerza

que se marche cada cual
por distinto lado.

MONED. 1.º

Bien.

ALBERTO. Cuidado! Si en la ciudad
se dice algo de nosotros,
al momento hay que avisar.
Luego ajustaremos cuentas.
Está hecho el reparto?

MONED. 1.º

Está.

ALBERTO. Pues hasta luego, muchachos:
os quedais en libertad.

MONED. 2.º Qué lástima de Isidoro!

MONED. 1.º Hombre, si ella es regular,
del mal el menos.

MONED. 2.º

Y si

toma las mañas de acá,
y falsificando amor,
le pone hecho un Fierabrás?
La hembra siempre pierde al hombre.

ALBERTO. Tienes razón: desde Adan.

MONED. 1.º Conque vamos?

ALBERTO.

Hasta luego.

MONED. 2.º No tardaremos.

ALBERTO.

Marchad.

(Vanse los Monederos.)

ESCENA II.

ALBERTO.

Lo siento por Isidoro.
Para qué le hacia falta
amar, cuando tiene plomo
tan parecido á la plata,
que puede comprar con él
lo que le diere la gana?
Luego las mujeres... Zape!
Las mujeres son tan falsas,
que aun al monedero falso
de mejor ojo, le engañan.

Las unas estan *rellenas*,
 y las otras *azogadas*;
 unas tienen mucha *liga*
 y otras tienen mucha *cáscara*;
 y unas por *cuajarse* pronto,
 y otras porque no se *cuajan*,
 no sé cómo se componen,
 que el caso es que todas pasan.
 Digo! Pasó mi mujer;
 y me hizo tales pasadas,
 que si la sigo los pasos...
 Por fin, allá se las haya.
 Pero aquí viene Isidoro
 siempre lo mismo: qué cara!

ESCENA III.

ALBERTO, ISIDORO.

ISIDORO. (No la he visto.)
 ALBERTO. Estás ahí?
 ISIDORO. Qué tienes que apenas hablas?
 Qué quieres que tenga, Alberto?
 Tengo que el aire me falta:
 que las fuerzas me abandonan:
 que el corazón se me salta:
 que mi cerebro enloquece,
 que el pensamiento me mata.
 Tengo el alma en dos partida,
 y sin la mitad del alma,
 lágrimas vierto de pena...
 ALBERTO. En este valle de lágrimas.
 Luego tienes un amor
 tan parecido á la rabia,
 que de puro amor te llenas
 la cara de bofetadas.
 Si ella no te quiere, déjala:
 lo que se pierde se gana.
 Hombre, ten filosofía,
 y no te apures por nada.

Toma el ejemplo de mí:
 mi mujer, y era muy guapa,
 tuvo el mal gusto de irse
 con un sargento de Guardias.
 Pues mira: de esa partida,
 lo que mas me llegó al ánimo,
 fueron doscientos tostones
 que entre un pañuelo de lana
 se me llevó; y eran buenos!
 Mas que ella y toda su casta.

ISIDORO. Ana no me corresponde;
 y yo he de morir por Ana.

ALBERTO. Tú la ablandarás al cabo.

ISIDORO. Ah! No hay manera...

ALBERTO. Te engañas.

Hay muchísimas maneras:
 mira: la adulas; la halagas;
 la mimas; la mimas mucho;
 y si no consigues nada,
 cojes el mejor martillo,
 y verás cómo la ablandas.
 Yo solia así arreglar
 los asuntos de mi casa,
 antes de que mi mujer
 me pegase la tostada
 de llevarse mis tostones:
 que ojalá que la tostáran
 con el sargento y con ellos:
 tostones de buena plata,
 que no eran falsos por cierto.
 Mas yo tomaré venganza
 de aquella mala partida
 algun dia; y si en mis garras
 cojo á mi cara consorte,
 le sale la fiesta cara.

Por ahora seré tuyo:
 yo soy un gran camarada;
 hartas pruebas tienes de ello.

ISIDORO. Alberto, me echas en cara..?

ALBERTO. No: te digo la verdad;

y la verdad lisa y llana,
como un toston azogado
antes de entrar en la marca.

ISIDORO. Tú eras un vago.

ALBERTO. Verdad.

Es tan dulce no hacer nada..!

ISIDORO. Tenias frio muchas veces,
y no siempre tenias capa.

Yo hice de tí el grabador
mejor de Lisboa; y grabas...

ALBERTO. Las caras de muchos reyes
con habilidad tan rara,
que si al autor se descubre,
el mejor dia en la plaza
me cuelgan del tres de bastos.

Le tengo horror á esa carta.

Ignoro si ha sido un bien
que el oficio me enseñaras;

en cambio de ese favor,
yo te regento la fábrica...

y yo espío á los espías,
que por desgracia no faltan;

y si es fuerza, para tí
robo tambien las muchachas.

Una vez te oí decir

en sueños «muero por Ana»

y yo el sueño te traduge

por esto: «que me la traigan.»

Acechando un jubileo

la ví con una beata;

y en aquel momento mismo

formé mi plan de batalla.

Doy á la vieja cien doblas

de las peor remendadas

y un empellon de los buenos:

echo á la moza la capa;

cargo con ella, y la traigo:

por el camino me araña

y yo me deajo arañar;

pues qué mas quieres que haga

Que no te encuentra gracioso..!
 Si Dios no te hizo con gracia,
 cómo quieres que la encuentre
 ni ella ni nadie? Te enfadas?
 No hablemos de tu figura.
 Tú tampoco te das maña...
 Apuesto á que la enamoro,
 si quiero.

ISIDORO.

Si á tal osaras...

ALBERTO.

Dios me libre! Lo primero
 que la amistad es sagrada:
 y luego que mi mujer
 me dejó tan pocas ganas
 de repetir la funcion
 de celos, amor y tranca...

ISIDORO.

Necesito verla.

ALBERTO.

Bueno:

voy á decir que la aguardas...
 (Si esta hallara otro sargento
 que de aquí se la llevara,
 el gefe seria gefe;
 y así ni es gefe ni es nada.) (*Vase.*)

ESCENA IV.

ISIDORO.

Canto.

Amo sin esperanza;
 no hay á mi afan consuelo:
 una sonrisa de ella,
 una mirada anhelo.
 Amo, y ventura y calma
 pierde por ella el alma.
 Cómo esperar que un dia
 la venza mi porfia?
 Si amor la rinde al cabo,
 feliz será mi amor.

Hablado.

Dios ó la fatalidad
 la han puesto sobre mi marcha;
 es mi ángel ó mi demonio:
 ó me condena ó me salva.
 Sin ella vivir no puedo
 y con su desden me mata.
 Quizás mi pasión por ella
 al negro crimen me arrastra...
 Ya retroceder no puedo,
 ni es el temple de mi alma
 para vivir esperando.
 Ha de ser mía doña Ana,
 y venga lo que viniere,
 y salga por donde salga.
 Basta de debilidad...
 de contemplaciones basta:
 yo mando y mi voluntad
 tiene que ser respetada.
 Lo que no alcance mi amor,
 lo ha de alcanzar la venganza.
 Viene? (*A Alberto.*)

ESCENA V.

ISIDORO, ALBERTO.

ALBERTO.

No viene.

ISIDORO.

Por qué?

ALBERTO.

Porque no le dá la gana,
 según dice; y la razón
 si no es muy lógica, es clara.
 Como tú siempre me has dicho
 que respete á esa muchacha,
 y á tí te ha cogido el flaco,
 ella se burla á sus anchas.

ISIDORO.

No quiere ni verme?

ALBERTO.

No;

pero te ha escrito una carta
que arder puede en un candil.

(Yendo á quemarla.)

ISIDORO. Qué vas á hacer?

ALBERTO. A quemarla.

ISIDORO. Tanto me insulta?

ALBERTO. No poco.

ISIDORO. No importa.

ALBERTO. Isidoro..!

ISIDORO. Traéla.

ALBERTO. Mejor es que yo la lea.

Mas procura tener calma.

«No estrañes Isidoro, *(Leyendo.)*

si no te quiero:

que eres en vez de amante

mi carcelero.

Si por tí lloro,

cómo tengo de amarte,

don Isidoro?

Me dices que soy bella:

yo te lo creo;

tú me encuentras hermosa:

yo te hallo feo.

Y que lo eres

te lo habrán dicho muchas,

muchas mujeres.

Aunque entiendes de música,

el compás pierdes:

yo soy vid y tú zorra;

pero están verdes.

Antes en coro

me haré monja profesa,

don Isidoro.

Ni amarte puedo nunca,

ni odiarte puedo,

porque jamás me inspiras

ni amor ni miedo.

Y por decoro

mi desprecio te ensalza,

don Isidoro.»

ISIDORO. Oh! Basta, basta de injurias:
 las ha de pagar muy caras.
 Traéla aquí, Alberto: lo entiendes?
 Si es necesario, la arrastras.

ALBERTO. Eso es muy justo: allá voy...

ESCENA VI.

DICHOS, CORO DE MONEDEROS.

MONED. 1.º Alberto? Alberto?

ALBERTO. Qué pasa?

MONED. 1.º Que los golpes del martillo
 y el chirrido de la máquina
 han llamado la atención.

MONED. 2.º Y por la ciudad se trata
 de indagar quién vive aquí.

ALBERTO. No apurarse: á nuestra casa
 la llama el crédulo vulgo
 la casa deshabitada.
 Farsas inventó de duendes;
 realizaremos las farsas:
 que no es la primera vez
 que con duendes se le engaña.
(Ap. á Isidoro.) Lo primero es lo primero:
 la moza está bien guardada;
 y piensa que si hoy te ahorcan,
 no te casarás mañana.

Canto.

ANITA. *(Dentro.)* La, la, la,
 lerá, lerá, lerá.

CORO. Qué acento!

ISIDORO. Es ella! Es ella!

CORO. Aquí tráela, Isidoro:
 que la magia del oro
 piadosa la ha de hacer.

(A una seña de Isidoro vuelve Alberto, con el manojo de llaves y las mismas precauciones que la otra vez, por Anita.)

ESCENA VII.

ISIDORO , CORO.

1.^{os} Baja!
 2.^{os} Viene!
 CORO. Oh! Cómo es bella!
 Cuán hermosa y linda es!

ESCENA VIII.

DICHOS y ANITA conducida por ALBERTO , de cuya mano se suelta con cólera.

ANITA. Suelta! Suelta! Maldecido!
 Oh! Qué miro! Horror profundo!
 Dónde, infame, me has traído?
 Es acaso al otro mundo?
 (Otra vez la lucha empieza:
 no me falte la osadía:
 gran ingenio, gran destreza;
 que si llega la vez mía,
 pará huir de esta morada,
 algun medio encontraré.)

1.^{os} Mira! *(Sonando el dinero.)*

2.^{os} Escucha!

C. ALBERTO. Oye qué música!
 Desdeñarla quién pretende?

ANITA. Mi cariño no se vende:
 á quien darlo yo bien sé.
(Quitándole á Isidoro el sombrero que tiene puesto: los demás se descubren.)
 Fuera al punto ese sombrero:
 en la mano verle quiero.
 Dama soy: soy española;
 soy altiva; reino sola;
 abatir sé yo el orgullo:
 mando siempre, y mi capricho
 para tí una ley será.

- ALBERTO. C. Es altiva, y ese orgullo
la embellece mas y mas.
- ISIDORO. Ah! Ten calma...
- ANITA. Oh! Callad!
- ISIDORO. Si hasta un rayo de esperanza
quitas hoy al pecho mio,
teme al cabo mi venganza:
que al herirlo tu desvío,
este amor desesperado
en furor se cambiará.
Quien temblaba enamorado,
el puñal podrá vibrar.
- ANITA. Es locura tu esperanza:
no se ablanda el pecho mio.
Yo no temo tu venganza,
ni se aplaca mi desvío.
Para el vil que me ha robado
no hay lugar á la piedad.
(Quiere alzar el tono airado;
mas ceder no me verá.)
- ALBERTO. C. Mal se funda tu esperanza
en tan bárbaro desvío:
abre el pecho á la venganza;
sé con ella mas impío.
En un pecho desgarrado
no hay lugar á la piedad.
Al mirar tu ceño airado
su soberbia cederá.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Plaza del mercado.—En ella la casa deshabitada, en cuya puerta hay un letrero que dice: «Casa de balde...»

ESCENA PRIMERA.

INÉS, ALDEANOS, ALDEANAS, PUEBLO.

Música.

CORO. Bien venga, bien venga
la nueva vecina!

INÉS. Salud, compañeros!
Amigas, buen día!
Soy nueva en la plaza,
soy nueva en la villa;
mas no mi presencia
de estorbo les sirva.
Pondreme allá abajo.

(Dirigiéndose á la casa deshabitada.)

CORO. A dónde vas niña?

INÉS. A estar á cubierto.

CORO. Detente: no sigas.
Entre esas paredes
mil duendes habitan;
y el pueblo la llama

la casa maldita.
 Ponerse tan cerca
 prudencia no es.
 Se burlan?

INÉS.

No es chanza.

CORO.

Mas cómo..? Por qué..?

INÉS.

CORO.

Despues que la noche
 con sueño profundo
 envuelve en tinieblas
 la esfera del mundo;
 si acaso á estos muros
 algun imprudente
 se acerca, le espantan
 las voces que siente.
 Son golpes fatales
 que anuncian horrores:
 sonido de trompas,
 fragor de tambores.
 Y al hombre mas fuerte
 de pánico llena
 el triste gemido
 de alguna alma en pena.
 Percíbense risas,
 y se oyen lamentos;
 y truenan las nubes,
 y silban los vientos.
 Despues, de la tumba
 la calma fingiendo,
 se aleja el estrépito;
 se apaga el estruendo;
 y todo en silencio
 se vuelve á quedar.

INÉS.

Amigos, en duendes
 jamás he creido:
 será todo un sueño
 que alguno ha tenido.
 Si en torno á la casa
 tal ruido se siente,
 la causa que exista
 será natural.

CORO. Pues ven por la noche ,
 incrédula y loca :
 verás si á los duendes
 tu furia provoca.
 Temblando de miedo ,
 temblando has de oírles ,
 y entonces tu audacia
 castigo tendrá.

Hablado.

INÉS. Pues digais lo que digais ,
 á mí nadie me convence
 de que los duendes existen.

1.^a MUJER. Vaya si existen..!

INÉS. Chocheces..!
 Y aunque los duendes existan ,
 no hacen daño á las mujeres :
 que harto duende tienen ya
 con el amor, que es un duende
 que aunque le tapien ventanas ,
 se cuele por las paredes.
 Tú , por ejemplo, Martina ,
 que por la noche no duermes ,
 crees que un duende te desvela..?
 Pues no es eso: no te alteres.
 Es que te desvela amor ,
 y hace que en un hombre pienses ,
 y salir te hace á la reja
 y hace que con él converses.

1.^a MUJER. Es verdad!

INÉS. Los duendes esos
 hacen pasadas á veces
 mucho peores que los otros ;
 ten cuidado no te quemes!

2.^a MUJER. Qué maliciosa eres!

INÉS. Yo
 no temo á brujas ni á sierpes ;
 mas temo á los buenos mozos ,
 porque esos nos quemán siempre.

1.^a MUJER. Pues si oyeras lo que cuenta
el barbero de ahí en frente!
Y no es cobarde, ni pizeca!
Por el contrario, mas terne..!

INÉS. Y qué dice?

1.^a MUJER. Que esa casa
deshabitada contiene
ciento treinta duendes chicos,
cuarenta y seis archiduendes,
diez viejas aficionadas,
y cuatro brujas en ciernes.

ESCENA II.

DICHOS, ALBERTO é ISIDORO *que habrán salido un poco antes*

ALBERTO. *(A Isidoro.)* Hablan de nosotros.

ISIDORO. Sí.

ALBERTO. Oye, calla y sé prudente...

INÉS. Brujas y viejas..! Caramba!
Qué pésimo gusto tienen!
Comer manjares pasados
y que el diablo se los lleve,
equivale casi, casi,
á condenarse dos veces.

ALBERTO. *(A Isidoro.)* Querrás creer que me gusta
esa mujer? Tiene un temple...

2.^a MUJER. Te burlarás todavía?

INÉS. No me he de burlar? Quién quiere
apostar á que entro yo,
y que nada me sucede?

CORO. Jesús!

ALBERTO. *(A Isidoro.)* Me toca á mí ahora.

ISIDORO. Qué dices?

ALBERTO. *(A Isidoro.)* Lo que conviene.
La doy un espanto gordo:
se asusta: al pueblo se vuelve:
se lo cuenta á sus amigos:
estos luego á sus parientes:
estos luego á sus queridas;

y cada uno que lo cuente
inventará una mentira
conque aterre á sus oyentes.
La mentira es un doblon
que mas flamante parece
cuantos mas dedos le soben ;
cuantas mas bolsas le aprieten.

(Alto y dirigiéndose á Inés.)

Hareis muy mal, reina mia :
los duendes son malas gentes ;
y al ver á una niña guapa...

INÉS. Qué habian de hacer? Comerme..?
Si son duendes bien criados,
me darán dulces y nueces ;
y si no tienen crianza ,
se la enseñaré á cachetes.

ALBERTO. Alegre pareceis , niña.

INÉS. Tambien pareceis alegre.

ALBERTO. He sabido que estoy viudo ;
y en vez de entonar un *requiem* ,
me encuentro muy inclinado
á bailar dos minuêtes.

INÉS. Tan tirana era la esposa?

ALBERTO. Tirana ella? Que si quieres!
Antes bien era vasalla
de todos los mozalvetes.
Mas se embarcó ; y gente y buque
fueron pasto de los peces :
el que se la haya comido
es probable que reviente.

INÉS. Alegre sois, el viudo.

ALBERTO. Y vos tambien sois alegre.

(Bien me parece la moza!)

INÉS. (Bien el viudo me parece!)

Vaya , á ver si hay algun guapo
que no crea en brujas , y entre
conmigo en la casa... Tú (A uno.)
eres robusto... Eres fuerte...

HOMBRE. Pues no me atrevo.

INÉS. Cobarde!

- (A otros.) Tú..? Tú..? Ninguno se atreve?
- ALBERTO. Yo. Sentiré que me maten
y que al infierno me lleven,
por no hallar á mi mujer;
mas pues vos venís, corriente.
(Bien me parece la moza!)
- INÉS. (Bien el viudo me parece!)
- ALBERTO. La mano en prendas?
- INÉS. (Dándosela.) La mano.
- ALBERTO. Me permitís que la bese?
- INÉS. Por ser tan valiente, sea.
- ALBERTO. Me alegro de ser valiente.
(Que lo sea no es extraño:
quién á sí mismo se teme?)
- INÉS. A las doce aquí.
- ALBERTO. A las doce.
Con armas..?
- INÉS. Y eso á qué viene?
A la señal de la cruz
se apartan todos los duendes.
- ALBERTO. En las cruces de esas manos,
que de nieve me parecen,
me crucificára yo
y bendijera á mis jueces.
- INÉS. Alegre sois, el viudo.
- ALBERTO. Vos me haceis estar alegre.
(Ap. á Isidoro.) Qué te parece, Isidoro?
- ISIDORO. (Ap. á Alberto.)
Que andas sobrado imprudente.
Si entra gente, y ven á Ana...
- ALBERTO. (Ap. á Isidoro.)
No es posible que la encuentren:
está junto al subterráneo;
y las llaves tú las tienes...
- INÉS. Conque á las doce?
- ALBERTO. A las doce:
no haré falta. (Saludando.)
- ISIDORO. Vamos, vente.

ESCENA III.

INÉS, *los* ALDEANOS.1.^a MUJER. Inés, que vas á ser víctima.2.^a MUJER. Vas á ser víctima, Inés:
que los duendes son muy malos,
y puede pasarte...

INÉS. Qué?

Viniendo el viudo conmigo,
qué mal me ha de suceder?1.^a MUJER. Mucho en el viudo piensas.

INÉS. Quizás piensa en mí también...

2.^a MUJER. Pues dos que piensan en dos...1.^a MUJER. Piensan... en que piensan.

INÉS. Pues!

1.^a MUJER. Yo al pensar mal de la casa,
tengo un dato...

INÉS. A ver... A ver...

1.^a MUJER. Y es un dato tan remalo,
que puede valer por diez.
El propietario, el casero,
fijó en la puerta un cartel,
en que dice que la alquila
sin cobrar el alquiler.
Qué tal será la vivienda,
cuando, ni sin interés,
hay un cristiano que quiera
cobijarse en su pared?2.^a MUJER. El casero es medio loco:
le han robado hace ya un mes
la novia; y desde aquel día
nadie ata cabos con él.

INÉS. Mas quién se la habrá robado?

1.^a MUJER. Y quién lo puede saber?2.^a MUJER. Quizá los duendes.

INÉS. Los duendes?

Y para qué?

2.^a MUJER. Para qué?

INÉS. Para... Allí viene: miradle.
 Jesus, qué ojos! Qué tez..!
 Viudo antes de casado...
 ha sido un chasco cruel.
 Al menos el que...

1.^a MUJER. Inés, calla :
 que ya está aquí.

INÉS. Mejor es.

ESCENA IV.

DICHOS, RAIMUNDO.

RAIMUNDO. Ana..! Por mas que mis ojos
 buscándola siempre estén,
 no dan con mi amada... Aquí
 la ví por primera vez.

Canto.

Vila un dia; y de sus ojos
 vino el fuego en que yo ardo :
 de sus ojos vino el dardo
 que al mirar me enamoró..!
 Sobre el ara hacerla mia
 le juré con labio ardiente ;
 mas aquel sueño inocente
 fué un relámpago que huyó..!
 Coro. Cese el llanto; el triste duelo :
 la esperanza es don del cielo...
 Y el destino...

RAIMUNDO. No se cambia:
 Ah! ya nunca la veré.
 Mas si propicio el hado
 á su raptor descubre,
 en sangre del malvado
 mi acero lavaré.
 Venganza el pecho anhela :
 venganza pide, ó muerte:
 sonríame la suerte,

y al fin me vengaré.
 CORO. Caiga sobre el infame
 la merecida suerte:
 quien sabe herir de muerte
 no debe hallar merced. (*Vase Raimundo.*)

ESCENA V.

INÉS, los ALDEANOS.

Hablado.

INÉS. Ea! al avío, muchacha:
 recoges tu puesto?
 1.^a MUJER. Sí.
 2.^a MUJER. Ay! mirad quien viene allí.
 Mirad qué facha.
 TODOS. Qué facha!

ESCENA VI.

DICHOS, BLAS *sentándose en un puesto.*

BLAS. No puedo mas..! Qué correr!
 INÉS. Con franqueza, caballero.
 BLAS. Hija qué tengo de hacer?
 Huyendo de mi mujer,
 me encuentro con el casero.
 Entonces con rabia ciega
 corro; y los dejo á la zaga;
 porque si alguno me llega,
 el uno, paga que paga,
 y el otro, pega que pega.
 Muerte me dieran cruel
 pecados pagando ajenos;
 y prefiero á don Miguel,
 el casero, que á lo menos
 no duermo nunca con él.
 Mas ella me arma querellas
 y me pone como un trapo,

y echa rayos y centellas;
 y me da cada sopapo
 que me hace ver las estrellas.
 Amanece; y Sinforosa,
 que nunca guisó gran cosa,
 á pescozones me trunca:
 es verdad que casi nunca
 almorzamos otra cosa.
 Viéneme el casero á ver;
 y por no encontrar ajuar,
 me manda que eche á correr,
 aunque le ofrezco dejar
 en prendas á mi mujer.
 Lo oye el casero y se cuadra;
 mi mujer se pone verde:
 corro; me entro en una cuadra;
 y sale un perro y me ladra:
 sale una perra y me muerde.
 Huyo la perra y el perro:
 tópome con un entierro;
 y corriendo como un zorro,
 dejó caer á un becerro
 que iba tocando el piporro.
 El niño, el jóven y el viejo
 creen que el muerto resucita;
 y diciendo «aquí te dejo»
 se descompone, huye y grita
 todo el fúnebre cortejo.
 Con semblante cejijunto
 dejan al difunto al punto,
 al grito de *Abra cadabra*;
 y el único es el difunto
 que no dice una palabra.
 Sigo corriendo; y así,
 desde que amaneció Dios,
 vamos de aquí para allí:
 mi mujer detrás de mí,
 y el otro tras de los dos.
 Estoy así muchas horas;
 y esto tiene tres bemoles!

Qué haceis musas protectoras?
Caracoles! Ay, señoras...
Solo he dicho caracoles.

INÉS. Descansad.

BLAS. Gracias, galana:
qué rostro tan agraciado!
Mira hija! De buena gana
te endosaría el bocado
que le arrimo á esta manzana.

INÉS. Gracias, y basta de prueba,
que para la venta están.

BLAS. Hija, el ejemplo te mueva;
haz lo que tu madre Eva:
dale manzanas á Adan.
Anda, yo te doy permiso:
verás como de improviso,
por mi ingenio refulgente,
hago de esto un paraíso.
Adios! Ya entró la serpiente.
(Viendo entrar á Sinforosa.)

ESCENA VII.

DICHOS, SINFOROSA.

SINFOROSA. Bribon. *(Le da un pellizco á Blas.)*

BLAS. *(La veo y me crispo.)*

SINFOROSA. Por fin te encuentro. *(Le da otro.)*

BLAS. Sí tal.

Ay!

INÉS. Qué ha sido?

BLAS. Un cardenal
mas obeso que un obispo.

SINFOROSA. Conque tú haces garatusas
á esta gente? Perro..!

BLAS. Yo?

Puedo jurarte que no:
les hablaba de las musas.
No es verdad? *(Ap. á las Aldeanas.)*

Decid que sí.

(Alto.) Las musas son nueve hermanas,

- que no comen ni aun manzanas.
 SINFOROSA. No se parecen á tí.
 Piensas que es justo, mal bicho,
 que te sorprenda á estas horas
 tratando con vendedoras?
- 1.^a MUJER. Cómo?
 2.^a MUJER. Qué?
 SINFOROSA. Lo dicho, dicho.
 INÉS. Ay! que los duques se ofenden
 de hablar con una cualquiera!
- BLAS. Mujer, si yo ni siquiera
 les pregunto lo que venden.
 SINFOROSA. He venido á hacer mal tercio?
 INÉS. Conque tras comer de todo,
 y no pagar...
 BLAS. Es mi modo
 de proteger el comercio.
 SINFOROSA. No las hables mas.
 BLAS. Mujer...
 SINFOROSA. *(A ellas.)* Su dignidad respetad.
 BLAS. Qué buena es la dignidad
 para despues de comer!
 Yo dignidad!
- SINFOROSA. Sí.
 BLAS. Qué idea!
 Mujer, no digas tontunas :
 la dignidad en ayunas
 es la dignidad mas fea..!
 INÉS. Vamos, muchachas, y basta
 de diversion; porque al fin
 vale mas nuestro chapin
 que ellos y toda su casta.
- ALDEANAS. Vieja!
 SINFOROSA. *(A Blas.)* Conténme, ó me pierdo.
 INÉS. Vamos!
 ALDEANAS. Bruja! Vieja!
 INÉS. Vamos.
 SINFOROSA. Respóndeles tú.
 BLAS. Yo? Estamos
 completamente de acuerdo.

ESCENA VIII.

BLAS, SINFOROSA.

SINFOROSA. Conque es decir...

BLAS. Es decir

que el propietario nos echa,
y que estamos á esta fecha
sin casa donde vivir.

Es decir, que la cultura
no entró en esta poblacion,
y no produce un toston
la amena literatura.

Que el panadero se amosca
y hasta me pierde el respeto,
cuando le ofrezco un soneto
para pagarle una rosca.

Que á todos ha dado Dios
una memoria funesta,
y aquel que una vez nos presta,
no quiere prestarnos dos.

Que tú dejas que te embrome
cualquier mujer, Sinforosa;
y te ocurre estar celosa
de un marido que no come.

Que nos temen mas que al Bú...
que somos, en conclusion,
las plagas de *Pharaon*:
yo el hambre y la peste tú.

SINFOROSA. Y no hay muchos hombres, di,
sin oficio, hogar ni renta,
pero que echan bien su cuenta,
y que se la buscan?

BLAS. Sí;

pero tocarán el centro
de algun resorte muy chusco.
Tiempo hace que me la busco;
pero nunca me la encuentro.

SINFOROSA. No es tu obligacion, acaso,

- mantener á tu mujer?
BLAS. Como no puedo atender
 á ese caso, me descaso.
 Y si prosigues así...
SINFOROSA. Toma bribón, y te advierto. *(Le pellizca.)*
BLAS. Hazte cuenta que esloy muerto.
 Ya no me muevo de aquí. *(Echándose al suelo.)*
SINFOROSA. Alza.
BLAS. Dulce esposa mia,
 ya te he dicho que no quiero.
 Si me cogiera un trapero,
 qué beneficio me haria!
 Aquí he de estar dia y noche.
SINFOROSA. Si pasa un coche...
BLAS. Mujer...
 qué mas puede apetecer
 uno que morir en coche?

ESCENA IX.

DICHOS, ALBERTO *que tropieza con* BLAS.

- ALBERTO.** Maldito guijarro!
BLAS. Ay!
ALBERTO. Oh!
 Me ha deshecho una espinilla!
BLAS. Ay!
ALBERTO. Calla! El guijarro chilla!
BLAS. No es un guijarro: soy yo.
 Soy víctima de los celos;
 soy un poeta casado
 que se halla tan arrastrado
 como le veis: por los suelos.
SINFOROSA. Mi marido es un tormento.
BLAS. Mi mujer es el demonio.
ALBERTO. *(Vamos, á este matrimonio
 le hacia falta otro sargento.)*
BLAS. Mi dulce esposa es un plagio
 de la parca, si ha existido.
SINFOROSA. Mi marido...
ALBERTO. *(A este marido*

le hace falta otro naufragio.)

BLAS. Por comerme una manzana
me veo así.

ALBERTO. Qué capricho!

Alzad.

BLAS. No señor: he dicho
que no me daba la gana.

ESCENA X.

DICHOS, RAIMUNDO, ISIDORO.

RAIMUNDO. No la he podido encontrar...

ISIDORO. (Ni es fácil.) Busca mejor...

ALBERTO. Tan pobre estais? (*Siempre á Blas.*)

BLAS. Sí señor.

Con mujer y sin hogar.

RAIMUNDO. Yo sabré dónde se encierra
la hermosa mujer que adoro.
Yo he de encontrarla, Isidoro,
aunque la esconda la tierra.
Verdad? No digas que no,
que loco me volveré.

ISIDORO. (No la encontrarás á fé,
porque te la escondo yo.)

BLAS. Cielos! (*Dando un salto y poniéndose de pié.*)

ALBERTO. Adios mi sombrero!

SINFOROSA. Ay Blas! me has dado un espanto..!

BLAS. Sabeis por qué me levanto?

Sabeis leer, caballero?

No dicen estos renglones

casa de balde... Mirad:

ó es que la debilidad

me hace que vea visiones?

ALBERTO. Eso dice...

BLAS. A ver á ver...

Corro á ver si hallo al casero.

Quién es?

ALBERTO. (*Señalando á Raimundo.*) Aquel caballero.

BLAS. Me conviene el alquiler.

ALBERTO. (Si este advierte lo que pasa
nos pierde: voy diligente
á prevenir á mi gente.)
BLAS. Hija, ya tenemos casa.

ESCENA XI.

BLAS, SINFOROSA, RAIMUNDO, ISIDORO.

Canto.

BLAS. Cielos! Qué miro! Oh júbilo
que me parece un sueño!
(A Sinforosa.) Ven á mirar el rótulo
que aquí previno el dueño.
Palacio tan magnífico
quién pudo imaginar?
SINFOROSA. Por qué de tanto júbilo
tu pecho se ha inundado?
Te agradan tanto, pérfido,
las chicas del mercado?
Mas ya que es económica,
la casa hay que aceptar.
BLAS. No temas, dulce cónyuge,
vivir junto al mercado.
De tu beldad... *pretérita*
yo vivo enamorado.
Y fuera de Melpómene
rival no has de encontrar.
RAIMUNDO. Lloro con tristes lágrimas
el bien que me han robado.
Huye como un relámpago
mi sueño idolatrado.
Mas cuando mate al pérfido,
de gozo he de llorar.
ISIDORO. Huye como un relámpago
tu sueño idolatrado;
mas no sirven las lágrimas
para triunfar del hado.
(Esa impaciente cólera

yo sé cómo evitar.)

RAIMUNDO. ¿Quién es el que ante el pórtico *(A Isidoro.)*
de mi palacio advierto?

BLAS. *(Acercándose á Raimundo.)*
De ese palacio espléndido
dueño sois vos?

RAIMUNDO. Es cierto.

BLAS. Oh aborto de los siglos!
me postro á vuestros piés.
Sabido es que maléfico
brillar se ve un cometa,
cuando el fatal horóscopo
anuncia algún poeta.
Que vate soy, pregónanlo
mi cara y mi vestido.
Nunca á los vates próspera
la suerte ha distinguido.
Con arte enciclopédico
escribo en verso y prosa.
Esta es mi esposa... inclínate...
Su sierva Sinforosa.
Ella de amor la flecha
es para el alma mia.
Una beldad... sin fecha...
(media centuria... ó mas.)
Dechado imponderable
de amor y honestidad.

SINFOROSA. Versos y dulces cánticos,
á cambio de dinero,
por nuestro albergue mísero
no admite ya el casero.
De hoy más nos hace el pícaro
vagar de noche y día
con nuestros pocos muebles,
virtud y poesía.

BLAS. SINF. Mas liberal morada
nos brinda aquel letrado.

RAIMUNDO. Si os place, dóila gratis.

BLAS. SINF. Gracias.

RAIMUNDO. Sí, yo os la cedo.

- BLAS. Oh! es mucho!
- SINFOROSA. Calla, bestia!
- ISIDORO. (Será por poco tiempo.)
- RAIMUNDO. Si os tengo allí por huésped,
una pension le ofrezco.
- BLAS. Una famosa estatua
os he de hacer allí.
- SINFOROSA. Sierva sumisa y dócil
tendreis señor, en mí.
Por qué bajo ese techo
nadie habitar pretende?
- ISIDORO. Nadie se atreve...
- BLAS. Cáspita!
- SINFOROSA. Por qué?
- ISIDORO. Porque hay un duende.
Dicen que por sus ámbitos,
cuando las doce suenan,
se ven figuras pálidas
que los espacios llenan,
y á estar en conciliábulo
todas las noches van.
- SINFOROSA. Por tí lo siento, esposo,
que eres asaz nervioso.
- BLAS. No creo en tales fábulas,
que fábulas serán.
- SINFOROSA. Pienso que duendes hembras
allí no has de encontrar.
- BLAS. Son neutros los espíritus:
(cuánta simplicidad!)
- ISIDORO. (Al menos, paralítico,
si vive, ha de quedar.)
- RAIMUNDO. (Venga el instante crítico
que aclare la verdad.)
- BLAS. Salvar quiero mis bártulos;
y aquí vuelvo al momento
que vengan los espíritus;
no temo á un regimiento.
Hallándome diáfano,
sutil como un alambre,
con un espectro habérselas,

que imágen es del hambre,
ninguno de los duendes,
ninguno ha de querer.

SINFOROSA. (Aquel de allí sonríeme
al punto en que me mira.
El otro al verme, estático,
tambien gime y suspira.
Si ambos de amor requiérenme,
será inútil empeño.
Otro en sagrado vínculo,
díome el amor por dueño.
Por él arde mi pecho
y fiel tengo de ser.)

RAIMUNDO. En consolar al mísero
se temple el dolor mio:
quién las ajenas lágrimas
miró con gozo impío?
Casi á la mágia, ríndome,
de tan festiva vena.
La suerte no es tan bárbara;
pues de esperanza os llena.
Connigo ya la suerte
mas fiera no ha de ser.

ISIDORO. (Es fuerza hoy á los crédulos
mentir nuevo prodigio;
el aparato mágico
dénos mayor prestigio.
La voz de los espíritus
se oirá en el aposento,
cegando así del mísero
el poco entendimiento.
No habrá quien ponga dique
ni freno á mi poder.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Habitacion en la casa deshabitada.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO, CORO DE MONEDEBOS.

Música.

ALBERTO. Silencio, y, separados,
en la escondida cueva,
doblones y cruzados
volved á elaborar.
Cuando las doce suenen
en el reló de enfrente,
del subterráneo cántico
vendrá el eco imponente.
Y aparentando escenas
de mónstruos y cadenas,
al inquilino nuevo
vendreis á despertar.
Que su cerebro enfermo
divague sin cesar.

CORO. Girará, como rueda oscilante,
que girando jamás se detiene,

divagando confuso en la duda,
 si aun la vida su aliento sostiene.
 Luego, al alba, ligero, espantado,
 mas que corre corcél desbocado,
 de esta casa corriendo saldrá.
 Y hablará de fantasmas y duendes
 de manera que cuadre al intento :
 si el terror no le embarga el acento,
 con terror de la casa hablará.

ALBERTO. A la cueva.
 CORO. En la cueva estaremos.
 ALBERTO. Y á las doce...
 CORO. Del antro saldremos.
 ALBERTO. Hasta entonces...
 CORO. De nuevo al trabajo.
 ALBERTO. Mucho ruido.
 CORO. Que tiemble : le habrá.
 ALBERTO. Id ya.
 CORO. Al punto.
 ALBERTO. El sombrero...
 CORO. Mas bajo...
 ALBERTO. Ven tú aquí... *(A uno.)*
 Por allí... *(A los otros.)*
 CORO. Por acá.

ESCENA II.

ALBERTO, un MONEDERO.

Hablado.

ALBERTO. Estás enterado?
 MONEDERO. Si :
 de todo estoy enterado.
 ALBERTO. Mucho tiento con las luces :
 que esté todo muy opaco.
 Los duendes, segun se cuenia,
 se parecen á los gatos
 en que cuando están á oscuras
 ven los objetos mas claros.

Busca un traje para mí
 que tenga un rabo tan largo
 como un cometa : que al fin,
 cuanto mas duende, mas rabo.
 Tú, que los conoces bien,
 escoge cinco muchachos
 que tengan la voz muy gorda,
 y que hablen á cañonazos,
 y estornuden á ronquidos,
 y su pasmo cause pasmo.
 Los de voz delgada, finjan
 brujas y viejas y trasgos :
 los pequeños, duendecitos,
 y duendezotes, los altos.
 Vuelvan á salir á luz
 los lienzos y el aparato
 que, en ocasion semejante,
 há tiempo se prepararon.
 En las recónditas cuevas
 podeis tener otro ensayo ;
 y ensayad muy bien la farsa ;
 porque si el éxito es malo,
 con un cordel al pescuezo
 os lleva en la plaza el diablo
 á ver los duendes de veras,
 por no saber imitarlos.
 En cuanto suenen las doce
 en ese reló cercano,
 voces, cadenas y gritos.
 Que nada se olvide. Estamos ?

(Le hace seña de que salga, y vase el Monedero.)

ESCENA III.

ALBERTO.

Vamos á cuentas, Alberto :
 en esto, qué vas ganando?
 Te dá dinero Isidoro :
 es verdad ; pero si es falso !

Yo le paso... esto es muy cierto;
 mas si un día yo no paso,
 y á mí me pasan por agua,
 yendo á presidio en un barco,
 en que apalee sardinas
 como un cochero caballos,
 sin contar con que el sargento
 se hubiese llevado el gato
 y el gato de mi mujer,
 dejándome el arañazo,
 es un porvenir no bueno...
 Qué bueno? Bastante malo.
 Y aun el presente... que al fin
 vivir en un subterráneo...
 Isidoro se hace rico,
 y pasa por propietario;
 porque se apropia á sí propio
 el dinero del extraño.
 Pero yo... Luego esa chica...
 Si ella supiera... Ea, vamos;
 no quiero pensar en esto.
 Quién viene aquí? Siento pasos.

ESCENA IV.

ALBERTO, RAIMUNDO.

RAIMUNDO. Tú aquí, Alberto?

ALBERTO. Sí, señor.

RAIMUNDO. Por qué estás aquí? responde.

ALBERTO. Estoy, porque hice una apuesta
 de volver aquí á las doce;
 y me proveo, en el día,
 de valor para la noche.
 De noche es fácil perderse
 entre tantos callejones;
 y aunque es este mal terreno,
 peor es, si no se conoce.
 Ya sabeis que de esta casa
 distintas consejas corren:

burlóse una jóven de ellas
 —mi apuesta es con una jóven—
 arrostra el riesgo conmigo,
 y es ella quien mas se espone.
 La mujer que tiene miedo
 echa sus brazos al hombre...
 Ojalá ella tiemble mucho,
 que yo gano en sus temblores.
 Por lo tanto no estrañeis
 que luego á esta sala torne:
 que puede ser esta sala
 el templo de mis amores.

RAIMUNDO. Tiene ya inquilino.

ALBERTO.

Sí;

mas no le haré estorbo al pobre.
 Como no come, se duerme;
 porque así sueña que come:
 á mas que si es cosa cierta
 que aquí duendes se recogen,
 mas que un hombre para ellos
 deben de valer dos hombres.

RAIMUNDO. Qué feliz eres, Alberto!

ALBERTO. Así... tal cual...

RAIMUNDO.

Esta noche

vas á ver á la que amas...
 Qué feliz! Aun no conoces
 lo que es llorar en la ausencia,
 cuando el corazon se rompe,
 alimentando la vida
 con nuestros propios dolores.
 No lo conozcas jamás.

ALBERTO.

Amen! Dios os guarde. (Pobre!
 Si supiera que está aquí,
 me agarraba del cogote...
 Mas vale que no lo sepa:
 qué haria Isidoro entonces?) (Vase.)

ESCENA V.

RAIMUNDO.

Ojalá duendes hubiese.
 La tristeza que me come
 quizás desahogar pudiera
 á reveses y mandobles.
 Difícil es que los muertos
 otra vez al mundo tornen:
 mas pues aquí hay un misterio,
 saberlo me corresponde.
 Óculto presentimiento
 que yo venga aquí dispone:
 si hay riesgos, al desdichado
 no dán los riesgos temores.
 Tú aquí también? (*Viendo llegar á Isidoro.*)

ESCENA VI.

RAIMUNDO, ISIDORO.

ISIDORO.

Sí, yo aquí,
 á decirte que te espones.
 De esta casa, bien lo sabes,
 corren siniestros rumores;
 y pues están arraigados,
 por alguna razon corren.
 Aquí tienen su guarida
 ó duendes ó malhechores;
 pero ya que das la casa
 á quien de balde la more,
 puedes saber la verdad
 sin que por tí te cerciores.

RAIMUNDO.

El interés te agradezco;
 mas permíteme que note
 que es demasiado interés
 el seguirme dia y noche.
 Amé á Ana; y tú te hiciste

tercero de esos amores,
y, mas celoso que yo,
en mas de dos ocasiones
envenenaste mi alma
con las dudas mas atroces.
Me roban el bien que adoro;
y tú fuiste el primer hombre
que me dió la triste nueva.
Enfermo caigo, y entonces
ya me visitabas menos.
Con placeres bullidores
quisiste luego aturdirme:
no es posible que lo logres.
Solo y sin la prenda mia,
encuentro desierto el orbe:
toda amistad me dá hastío:
me repugna todo goce:
para tener compañía
me basta con mis dolores.

ISIDORO. Soy tu pariente: no estrañes
que tal interés me tome;
deudos cercanos, la misma
sangre en nuestras venas corre.
Por eso...

RAIMUNDO. Tal vez injusto
por el dolor me acalore.
Disculpa en el dolor tenga;
justo es que se me perdone. *(Vase)*

ESCENA VII.

ISIDORO.

Es necesario acabar:
si ella su interés conoce,
y no quiere ver su honor
en lenguas de vulgo torpe,
pues un hombre la robó,
aunque aborrezca á ese hombre,
debe casarse con él

para acallar tales voces.
 Y luego... el tiempo... Si, si,
 este corazon de bronce
 por ella es de blanda cera,
 y mis instintos feroces
 ella endulza y purifica
 y hace que en piedad se tornen.
 Raimundo sospecha ya:
 acaben tantos temores.
 Quiero la muerte ó la dicha.
(Abre el cuarto de la izquierda.)
 Solo estoy... nadie me oye...
 ya viene... cómo es posible
 que quien la ve no la adore?

ESCENA VIII.

ISIDORO, ANA.

ANA. Ah! por fin... *(Sale corriendo.)*
 ISIDORO. Ana...
 ANA. Sois vos?
 ISIDORO. Pues quién pensabas que fuera?
 ANA. Raimundo.
 ISIDORO. Siempre ese nombre.
 ANA. Siempre: ese nombre no cesa
 de vagar entre mis labios:
 que su amor el alma llena,
 y embelesada en su amor
 no hallo mi prision estrecha;
 porque su amor embellece
 hasta esas paredes negras.
 ISIDORO. Ana...
 ANA. Todo esto que oís
 no os debe dar estrañeza:
 ya sabeis que le amo mucho
 y á vos ni os ódio siquiera.
 El corazon me pedís:
 quién entra en él á la fuerza?
 La llave del corazon

solo al alma está sujeta :
 el que no llegue hasta el alma,
 en el corazon no entra :
 que no dá el alma la llave,
 y es de diamante la puerta.

ISIDORO. Ana, y tu honra ?

ANA. Mi honra ?

ISIDORO. Va un mes que te tengo presa :
 te respeté... te amo mucho ;
 mas quién habrá que lo crea ?
 Y si yo miento, no habrá
 ninguno que me desmienta.

ANA. Raimundo.

ISIDORO. Ni ese tampoco.

La humana naturaleza
 como es inclinada al mal,
 siempre es malo lo que piensa.
 Hombre es Raimundo, y amante ;
 y el amor y la sospecha
 siempre caminaron juntos
 de los celos por la senda.

ANA. Mentira, Isidoro : en mí
 la calumnia no se ceba ;
 tan alta está la honra mia,
 que jamás su altura inmensa
 pudieran medir las almas
 tan bajas como la vuestra.
 En un cartel, publicaos
 triunfador de mi belleza :
 todos os dirán « mentira :
 guarda su honor, ó está muerta :
 vive honrada, ó subió al cielo :
 tal madre tuvo en la tierra. »

ISIDORO. No temes mi furor ?

ANA. No.

ISIDORO. Entonces, en quién esperas ?

ANA. En Dios, en Raimundo, en mí.

ISIDORO. Ten lástima de mi pena.

ANA. Y de mí, la teneis vos ?

El que deshonrarme intenta...

ISIDORO. Me disculpa amor.

ANA. Jamás
disculpa el amor vilezas.
El amor...

ISIDORO. Oyeme, Ana :
y despues, haz lo que quieras.

Canto.

Tiempo es ya , mujer ingrata ,
de que cese tu desvío :
el amor del pecho mio
quiere un premio , una merced .
Si á negármela te atreves ,
yo arrancártela sabré .

ANA. Bien sabeis cuán imposible
es que cese mi desvío :
el amor del pecho mio
á otro amante guardo fiel .
Por el hombre á quien adoro ,
si es preciso , moriré .

ISIDORO. Mas no sabes que mi encono
llegar puede hasta el estremo?

ANA. Lo sé todo ; mas no temo :
no se cambia mi amor , nó .

ISIDORO. Muere entonces . (*Amenazándola con un puñal .*)

ANA. Dad el golpe :
ya le espero... Firme estoy .

ISIDORO. Ah ! no puedo : en vano intento
que arda en ódio el alma mia :
el amor que por tí siento
es mas bien idolatría .
Por qué ingrata , á par que bella ,
te creó mi desventura ?

Cuanta mas es mi ternura ,
es mas grande tu rigor .

ANA. (Lo esperaba : su ira ciega
rinde al cabo por tributo :
á rogarme otra vez llega ;
el furor duró un minuto .)

De esta suerte don Quijote
suspirió por Dulcinea ;
mas el premio que desea
dar no puedo á vuestro amor.

ISIDORO. Es preciso que me sigas.

ANA. No será.

ISIDORO. Yo te lo mando.

ANA. Por razon del contrabando?
De los duendes?

ISIDORO. Tiembla.

ANA. Nó.

ISIDORO. Ven conmigo : ven al punto :
ni una queja, ni un lamento ;
se alzarán en un momento
mil aceros sobre tí.

De salvarte no respondo
si abro el seno á la venganza :
ven conmigo sin tardanza :
cierra el labio ; ven aquí.

ANA. Cuánto fuego ! Qué locura !

ya amenaza , ya suspira ,
ya por mí sueña y delira :
ya pretende huir de mí.

A el amor que así se espresa
no se rinde mi albedrio :
yo me burlo ; yo me rio
de ese loco frenesí.

ESCENA IX.

ISIDORO, ANA, ALBERTO.

Hablado.

ALBERTO. Isidoro...

ISIDORO. Qué hay , Alberto?

ALBERTO. *(Ap. á Isidoro.)*

Que el enemigo está cerca.
Raimundo y el inquilino ,
marido de aquella vieja ,

en amor y compañía
vienen por la callejuela.
Has adelantado..?

ISIDORO. Nada.

ALBERTO. Esta chica es una perla.

ISIDORO. Qué dices?

ALBERTO. Que en su lugar
haría lo mismo que ella.

ISIDORO. Alberto..!

ALBERTO. Vamos al grano.

Obra con mucha prudencia:
en ese cuarto está mal;
si ella gritase y la oyeran...
Mejor estará en el cuarto
de la pared medianera
á tu casa.

ANA. (Qué hablarán ?

Si esta llave , que yo diestra
supe robarle , pudiese
servirme de algo...)

ISIDORO. (*Ap. á Alberto.*) Bien piensas.

(*A Ana.*) Ven.

ANA. Dónde ?

ISIDORO. Donde te lleve.

Ven.

ANA. Yo soy la prisionera ;
mas guárdese el carcelero ,
cuando las tornas se vuelvan.

ESCENA X.

ALBERTO.

Pues señor, estoy resuelto:
que suceda lo que quiera,
como que yo no soy París
no me meto con Elena.
Bastante gané la horca
con falsificar monedas,
y tengo sobradas culpas

sin añadir otras nuevas,
para... La encerraste? (*Viendo volver á Isidoro.*)

ESCENA XI.

ALBERTO, ISIDORO.

ISIDORO. Sí.
ALBERTO. Pues oye, amigo Isidoro.
Supongo que ese tesoro
lo amas solo para tí?
ISIDORO. Sí.
ALBERTO. Pues si es tuyo el capricho,
te arreglas tú solo: estás?
Conmigo no cuentes mas.
ISIDORO. Alberto...
ALBERTO. Lo dicho, dicho.

ESCENA XII.

DICHOS, RAIMUNDO, BLAS.

RAIMUNDO. Esta es la casa, D. Blas:
si os volveis atrás...
BLAS. Quién, yo?
Tal estoy, señor, que no
vuelvo adelante ni atrás.
A otros suele suceder
que por tener casa nueva,
el demonio se los lleva,
tras pagar el alquiler.
Mas lo que es yo y mi consorte
hacemos tal matrimonio,
que si nos lleva el demonio,
tiene que pagar el porte.
ALBERTO. Teneis algun trasto?
BLAS. No.
Yo economizo esos gastos.
Para qué he de tener trastos,
estando mi esposa y yo?

RAIMUNDO. Esto está amueblado...

BLAS. Y tanto!

Vaya, está casi con lujo.
Si aquí se sienta algún brujo,
se dormirá como un santo.
Mirad mi ajuar: un tintero
y papel á prevencion;
y en teniendo inspiracion,
escribo sobre el sombrero.
Este sombrero es gran pieza:
tanto á la cabeza estima,
que á veces busca una rima
aun mejor que la cabeza.

ALBERTO. No temeis á los difuntos,
ni á los duendes?

BLAS. Caballero,

yo temo mas á un casero
que á cuarenta duendes juntos.
Poeta sin proteccion,
si hago á un brujo una elegía,
y, pese á la brujería,
le gusta la adulacion,
aprovechando su influjo
tendré minas superfinas;
que para hallar buenas minas
es necesario ser brujo.
Si no hay duende, vivo quieto:
si le hay y me trata mal,
le hago un soneto fatal;
y huye al oír el soneto.

ALBERTO. Y siendo tan valerosa
vuestra alma...

BLAS. Sí por Dios.

ALBERTO. Por qué no traeis con vos
á vuestra esposa.?

BLAS. A mi esposa?

En donde hay hombres la dejo:
donde hay diablos, guarda Pablo!
Yo creo que solo un diablo
podria ser su cortejo.

RAIMUNDO. Si en vuestra alma no hizo mella,
por qué la escogisteis?

BLAS. Yo?

Porque el diablo me tentó:
es decir, me tentó ella.

ISIDORO. Gastais el humor chancero:
si así estais siempre...

BLAS. Señor!

Despilfarra el buen humor
el que no tiene dinero.

RAIMUNDO. Pues aquí no os pongais tasa:
por mi orden la alhacena
siempre estará llena.

BLAS. Llena?

No me muevo de esta casa.

ALBERTO. Aun siendo cierto el rum, rum...
de que...

BLAS. Con duendes y todo.

RAIMUNDO. Creéis en duendes?

BLAS. De modo
que eso es conforme y segun.

RAIMUNDO. *(Dándole una pistola.)*
Defendeos por si acaso
en algun mal paso os veis.

BLAS. Mil gracias: no os molesteis...
yo no sirvo para el paso.

ALBERTO. Alguien llega... siento ruido...

BLAS. Ay Dios! A que es mi casero..?
Venga la pistola: quiero
questionar con él.

ESCENA XIII.

DICHOS, SINFOROSA, INÉS, PUEBLO.

SINFOROSA. Marido!

BLAS. Tú con acompañamiento?

INÉS. Viéndola entrar en la casa,
dijimos: pues ella pasa,
es que no hay impedimento.

SINFOROSA. Yo vine aquí, me comprendes?
porque esta mujer...

INÉS. Yo..?

SINFOROSA. Sí.

Con tal de seguirte á tí,
no tiene miedo á los duendes.

BLAS. Todavía...

SINFOROSA. Sí por cierto.

Te dió una manzana...

BLAS. Sí;

pero yo te adoro á tí
aunque me dé todo un huerto...

INÉS. Sosegaos: no venia
por él.

SINFOROSA. Por quién?

ALBERTO. Por mí.

SINFOROSA. Oh!

BLAS. Te convences, mujer?

SINFOROSA. Yo..?

(Con qué placer la ahogaría.)

BLAS. Dejádme ya en mi retiro.

SINFOROSA. Pero si un duende te come...

BLAS. En cuanto que el duende asome,
al duende le pego un tiro.

RAIMUNDO. No lo llegueis á olvidar:
que yo pronto acudo al ruido.

ISIDORO. (Bueno es venir prevenido,
por si llega á disparar.)

Canto.

CORO. Cuando la noche lóbrega
suceda al claro día,
verá en tropel, cercándole,
fantasmas á porfia.
Y con espanto fúnebre,
convulso y paralítico,
helada en sus arterias
la sangre ha de quedar.
Y para huir, del águila
el vuelo envidiará.

- ALB. ISID. (Cuando la noche lóbrega
suceda al claro día,
evocaré solícito
la fantasmagoría.
Y con espanto fúnebre,
convulso y paralítico,
el inquilino intrépido
al fin se quedará.
Y para huir, del águila
el vuelo ha de envidiar.)
- BLAS. De vuestro pecho heróico
la noble cortesía,
narrar en cantos épicos
quiere la musa mía.
Quiero, sobre las páginas
de mi poema esdrújulo,
que lleguen vuestros méritos
á la posteridad,
dejando el mundo atónito,
su gloria al celebrar.
- RAIMUNDO. (Cuando la noche lóbrega
suceda al claro día,
velar sobre estos ámbitos
será de cuenta mía.)
Dejad los cantos épicos:
dejad el verso esdrújulo:
secar agenas lágrimas
es ley de la piedad.
A consolar al mísero
quién, ay! se ha de negar?
- SINFOROSA. (Cuando la noche lóbrega,
suceda al claro día,
velar sobre estos ámbitos
será de cuenta mía.
Si en vez de los espíritus,
segun cuenta la fábula,
alguna ninfa aérea
volára por acá,
entonces del escándalo
se habian de acordar!)

La llave del palacio
cuál es? Yo me la llevo;
quiérola en mi poder.

BLAS. Por qué?

SINFOROSA. Basta que diga
que yo soy tu mujer?

RAIMUNDO. *(Aparte á Blas.)* Sin duda tiene celos
de alguna otra mujer.

BLAS. *(A Raimundo.)* Mi corazon es cándido
y siempre he sido fiel...

CORO. *(Acaso la ridícula
sospechas tiene de él.)*

INÉS. *(Tal vez esta ridícula
piense que adoro en él.)*

ISIDORO. } *(Esta celosa Venus*

ALBERTO. } *tiene sospechas de él.)*

SINFOROSA. *(Ay si me engaña el pérfido!
Veré si mi es infiel.)*

*(Se adelanta hácia la puerta; y al observar que su
marido no la sigue, esclama.)*

Ah!

BLAS. Bien mio, qué te ha dado?

SINFOROSA. Y así voy á alejarme de tu lado?
Sin mirarme una vez en tus brazos
no me dejes, esposo del alma:
tú á mi pecho robaste la calma,
y vivir sin tu amor yo no sé.
De la noche cuan lentas las horas
pasarán, lejos ya de mi dueño:
disfrutar del benéfico sueño
en tu ausencia yo nunca podré.

BLAS. Vuelo, vuelo, mi amor, á tus brazos:
tú á mi pecho robaste la calma.
Duerme, duerme ilusion de mi alma:
yo en tu ausencia jamás dormiré.
Estudiando, brevísimos el tiempo
correrá, para aquel que te adora:
juntos luego que raye la aurora
tomaremos un vaso de té.

RAIMUNDO. Si es verdad el amor de sus almas,

bien se esplica esa mútua ternura :
 yo esperaba encontrar mi ventura
 junto á aquella que siempre adoré.
 Al infame que el bien me ha robado
 y de afan y tristeza me llena ,
 al que así mi existencia envenena ,
 yo en castigo la muerte daré.)

ISID. ALB. (Cómo finge pasion el poeta !
 Es mentido el afan de su alma :
 «tú á mi pecho robaste la calma :
 yo en tu ausencia jamás dormiré.»
 De la noche bien pronto las horas
 á cambiar llegarán esta escena :
 no dirá que la noche es serena
 si por duendes cercado se vé.)

INÉS. CORO. (Calma finge ; mas fingela en vano :
 en su rostro el engaño se vé.)

SINFOROSA. Ya me alejo.

INÉS. CORO. Y nosotras al par.

TODOS. Ya la duda se agita en ^{su}
 mi seno.

Ya á lo lejos percíbese el trueno ,
 sordo , sordo , cual eco perdido
 de confuso y lejano estampido :
 mas si el viento su furia acrecienta ,
 si se estiende veloz la tormenta ,
 si entre nubes el cielo se esconde
 y á los truenos el eco responde :
 si se cambia en temor la sospecha ;
 cuando estalle en borrasca deshecha ,
 cerca el rayo , muy cerca estará.

SINF. BLAS. (*Ella con rabia comprimida y él con visible temor.*)

Un adios y el abrazo postrero.

Duerme , duerme , mi cara mitad.

INÉS. CORO. (Es mentido el adios y el abrazo :
 la tormenta no tarda en sonar.)

ISID. ALB. (Este acaso es el último abrazo ,
 que el poeta y la vieja se dan.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion del acto tercero, que á su tiempo se transforma, dejando ver duendes y tragos que luego desaparecen.

ESCENA PRIMERA.

BLAS. (*Escribiendo.*)

Hablado.

«Pero quién me digera
que tras tantos afanes
y andar tras de mi mano seis galanes
habia, ay triste! de morir soltera?»
Entonces el padre chilla:
el amante no se calla,
y quiere al viejo canalla
tirar por una bohardilla.
No se avienen á razones,
y hay insultos á millares:
la chica pares, que pares,
y el viejo nones, que nones.
«Comendador, por qué me la robaste?
—Porque me dió la gana.
—Con mi honra diste al traste:

yo contigo daré por la ventana.
 Hija, de estos belenes
 toda la culpa tienes:
 debes tomar veneno ó cualquier cosa,
 para salir con honra de este lío.»
 Y doña Inés le dice: «Padre mio,
 ay, infeliz de la que nace hermosa!
 Pero quién me dijera
 que tras tantos afanes
 y andar tras de mi mano seis galanes,
 habia, ay triste! de morir soltera?»
 Blas, oh qué inspirado estás!
 Blas, apláudete a tí mismo:
 Blas, para el romanticismo
 no hay un Blas como tú, Blas.
 Hoy de seguro no hay quien
 me aventaje en escribir:
 esto debe consistir
 en que hoy he comido bien.
 Hace á don Raimundo honor
 esa bendita alhacena;
 y es claro que quien bien cena,
 debe de dormir mejor.
 Hoy descanso á mi placer.
 Qué bien voy á estar aquí!
 Y qué dicha es para mí
 que no venga mi mujer.
 De dia no es muy molesta
 mi adorada Sinfórosa:
 de noche ya es otra cosa.
 Desde el punto en que se acuesta...
 Hallé la felicidad:
 ya tengo casa y abrigo,
 como algun duende conmigo
 no haga una barbaridad.
 Eso seria un horror
 que sentiria la fama;
 porque, cuando hagan mi drama,
 van á pedir el autor.
 Habrá aquí duendes? No puedo

acostumbrarme á esa idea;
 pero sea lo que sea,
 tengo mis puntas de miedo.
 Al verme aquí solo yo,
 cuando la hora va á dar,
 siento un frio, un malestar...
 A ver... ya suena el reló.

(Empiezan á oirse las doce campanadas.)

Canto.

Chito! A contar... Las doce:
 D. Blas, las doce han dado.
 A la hora climatérica
 por fin hemos llegado.

(Grave pausa: Blas escucha con el mayor recogimiento, y no apercibiendo ruido alguno esclama con visible satisfaccion.)

Un soplo no se siente:
 sin duda el vulgo miente.
 Que no hay duendes discurro.

CORO. *(Dentro.)* Burro!

BLAS. *(Temblando.)* Deliro!

CORO. *(Mas lejos.)* Burro!

BLAS. Es la aprension que á veces
 engaña á cualquier hombre.
 Casi á jurar me atrevo
 que oigo sonar mi nombre.
 Aquí señor despótico
 seré mañana yo.

CORO. *(Lejos.)* No.

BLAS. Ya vuelve? Ah! Será el buho
 que está en el techo.

CORO. No.

(El Coro se aproxima, mezclando el lúgubre sonido de sus voces con el de cadenas.)

CORO 1.º En medio de este horror
 no ha de venir ya mas
 un bálsamo al dolor?

ESCENA III.

BLAS; *de repente se ilumina el teatro con una luz roja. Se oye un gran trueno: ábrense los cuadros y salen córistas caprichosamente disfrazados de duendes, mónstruos, etc. Las damas se convierten en furias que persiguen á BLAS, armadas de serpientes.*

CORO.

De negros sótanos,
 baje al profundo,
 encadenándole
 manos y piés.
 Beba en los cráneos
 azufre inmundo:
 sapos y víboras
 denle á comer.
 Qúitele un sátiro
 cabello y dientes:
 ébrio de cólera,
 rasgue su piel.
 Piquen sus párpados
 negras serpientes,
 y un siglo quédese
 con Lucifer.

BLAS.

Señoras furias,
 por cortesía,
 no tanta cólera
 tratadme bien.
 Mi bello sátiro,
 mi dulce arpía,
 no tengo hambre
 ni tengo sed.
 Ya los espíritus
 me inspiran miedo.
 Soy una víctima:
 débaos merced.
 Juro en el ánima,
 si libre quedo,
 nunca á estos ámbitos,
 nunca volver.

(Otro trueno: las luces se apagan: húndense los

fantasmas, y ciérranse los cuadros. Blas queda solo.)

ESCENA IV.

BLAS.

Hablado.

Blas, te has muerto, Blas amigo?
no; mas tu mal es muy grave.
No te has muerto; mas quién sabe
lo que habrán hecho contigo?
Ya no soy mas que un residuo
de un Blas que debió de ser.
Lo dicho: por no poder,
no puedo con mi individuo.
No ha salido bien librada
ni una sola coyuntura.
Adios, fué tu sepultura *(Cayendo.)*
la casa deshabitada.

ESCENA V.

BLAS, ANITA.

ANITA. Para algo sirvió la llave:
si ahora hallase un corredor
ó aposento que tuviese
reja á la calle ó balcon...

Ay! (Tropezando con Blas.)

BLAS. Ay! Volveis á la carga?
Señores duendes, por Dios..!
Basta con un ejemplar...
Basta con una edicion!
A fuerza de cardenales
hecho un consistorio estoy.
Yo creo en los duendes todos;
creo en el duende mayor
y en los duendecillos mínimos,

y en Botero y Astaharot...

ANITA. Pero...

BLAS. No te acerques, sombra.

ANITA. Soy cuerpo.

BLAS. Esa sí que no.

Eres un cuerpo incorpóreo

y te tengo un miedo atroz.

Ay! si yo hubiera sabido

lo que era tu habitacion,

ya hubiera encontrado medio

de traer á mi acreedor

para vuestro pasto... Sí:

él es gordo, pero yo...

soy poeta... él prestamista,

y estará bien... con arroz.

ANITA. Por quién me tomas?

BLAS. Por nadie:

no te tomo ni el olor.

Te dejo por cualquier cosa.

ANITA. Imbécil!

BLAS. Tienes razon.

Todo lo que quieras.

ANITA. Mira:

te lo mando; ahora, quién soy?

BLAS. Cómo quereis que lo sepa?

Si acercárais el farol...

además, no soy alcalde,

y vos no usareis padron...

ANITA. Toca.

BLAS. Tocar? *Vade retro.*

Nones.

ANITA. Pues tocaré yo.

(Dándole un cachete.)

Qué te he dado?

BLAS. Me parece

que un cachete, salvo error...

ANITA. No te convence..?

BLAS. El cachete?

Me gusta la conviccion!

ANITA. Yo no soy duende: lo escuchas?

Yo soy mujer.

BLAS. Sí, señor.

Para llevarme adoptais
esa forma y esa voz,
y me tentais: no hay remedio...
No hay remedio... Se acabó!
Del mal el menos, que al fin
es guapa la tentacion.
Ya que en ello os empeñais,
os tentaré yo... Valor!

ANITA. Tienta al diablo que te lleve.

BLAS. Pues por eso os tiento á vos.
Dad las gracias de mi parte
al gefe: siempre es mejor
un diablo en vuestra figura
que no un animal feroz.
Qué diabluras hace el diablo!
Pues no os tengo inclinacion!
Y quizá usareis un rabo
que tenga una vara ó dos...

ANITA. Imbécil, si soy mujer.

BLAS. Dale...

ANITA. A mí se me robó
de los brazos de mi amante.

BLAS. Que seria algun dragon.

ANITA. No tal: hombre como tú;
digo, no: mucho mejor.

BLAS. Gracias.

ANITA. Quitéle una llave.

BLAS. Al amante?

ANITA. No: al ladron.

Abro dos puertas con ella...
salgo luego á un corredor...
vengo aquí... te hallo... te asustas...

BLAS. Y me dais un bofetón,
para que cobre mas ánimo.

ANITA. Ya siento...

BLAS. Sí, tambien yo
lo siento, que todavía
me hormiguea el escozor...

- (Será una mujer de veras..?)
 ANITA. Toma mi mano , las dos :
 qué sientes?
 BLAS. (Sí , sí : es mujer.)
 Canario..! Siento un calor...!

Canto.

- ANITA. Deja hablar á tu sentido
 y hallarás buen argumento.
 Ya simplon , te has convencido?
 Carne soy? Soy humo y viento?
 Esta mano el fuego enciende
 que ya en tí miro brillar ;
 y presumes tú que un duende
 puede hacerte electrizar?
 BLAS. No es un diablo; y si lo fuera...
 Oh qué bella tentacion!
 Blanca tez... boca hechicera...
 pié pequeño... Adios razon!
 Hermosura peligrosa
 que hasta á un santo harás pecar,
 á la misma Sinforosa
 tú me harías olvidar.
 Mas los ayes... las cadenas...
 ANITA. Artificio... embrollo... escenas.
 BLAS. Y los sátiros con cola?
 ANITA. Hombres son enmascarados.
 BLAS. Y el infierno?
 ANITA. Batahola.
 BLAS. Y aquel ruido?
 ANITA. Golpes dados
 en la cueva do se esconden
 oro falso á elaborar.
 Pronto huyamos; ven conmigo :
 tú podrás servir de guia :
 detenerse aquí seria
 otro riesgo provocar.
 BLAS. Yo tambien salir pretendo ;
 y en tan dulce compañía

hasta el fin del mundo iria;
mas no puedo caminar.

(Se oye nuevo rumor de cadenas.)

ANITA. Otra vez!

BLAS. Rumor profundo!

Volverán esos malditos?

ANITA. Vamos pronto; y sin dar gritos
escapemos. *(Tocan la campanilla.)*

AMBOS. Quién será?

ANITA. Preparad esa pistola:
presentadla si alguien viene.

Ah, cobarde! Así se tiene. *(Diciéndole cómo.)*

BLAS. Y el valor quién me lo dá?

ANITA. Quien á entrar aquí se atreva
tenga cuenta por su vida.

AMBOS. Ah! *(Viendo aparecer á Sinforosa.)*

ESCENA VI.

DICHOS, SINFOROSA.

BLAS. Mi esposa!

SINFOROSA. Estoy vendida!

ANITA. Oiga...

BLAS. Escucha...

(Anita y Blas pretenden repetidamente hablar.)

SINFOROSA. Basta ya.

Con la pistola en mano
velando junto á ella!

Ah! No temia en vano...

Vibora, el labio sella.

Rompió la fé jurada
el cónyuge impudente...

Tenga su lengua osada

la pérfida serpiente...

En tal edad... Qué escándalo!

Si crece... Qué no hará?

BLAS. Temes, esposa, en vano,
viéndome junto á ella:
culpa al rigor tirano

de mi enemiga estrella.
 Guardé la fé jurada,
 y soy puro, inocente:
 no te ofendi yo en nada;
 mi labio nunca miente.
 No, Sinforosa: júrolo:
 te dije la verdad.

ANITA.

Es el temor en vano:
 en vano es la querella.
 Cedo al rigor tirano
 de mi enemiga estrella.
 No soy culpable en nada:
 si algúien lo dice, miente.
 Aquí presa, encerrada,
 fui víctima inocente.

(Dirigiéndose á Sinforosa.)

Use mejores términos
 si osa conmigo hablar.

SINFOROSA.

Con tal sarta de engaños
 mi sencillez contrasta.

ANITA.

Honré siempre á los años...
 miro que es vieja y basta.

BLAS.

(Infierno! Abrete y tráganos.)

SINFOROSA.

Vieja! A mí vieja?

ANITA.

A VOS.

SINFOROSA.

Oíste? *(A Blas.)*

BLAS.

Oí.

SINFOROSA.

Pues véngame.

BLAS.

Vengarte yo..? Ay Dios!

ANITA.

Lo digo y repito:
 ya el género es viejo;
 si fé no me presta,
 consulte al espejo.
 Perdió su frescura
 la antigua beldad:
 paciencia requiere;
 paciencia, no mas.

SINFOROSA.

Por vieja me toma!
 Yo vieja? Ella miente.
 Que vaya á la escuela

- la niña insolente.
De tales encantos,
de tanta beldad,
no siempre natura
modelos hará.
- BLAS.** Si sigue la escena
con tal desconcierto,
dejándome sordo
concluye de cierto.
Mas chito! Prudencia!
(Se van á agarrar.)
Es grande el insulto:
no cabe ya mas.
- SINFOROSA.** *(A Anita.)* Aquí se aproxime.
ANITA. *(A Sinforosa.)* Acérquese acá.
BLAS. *(La farsa, en tragedia
tornándose vá.)*
- ANITA.** Mas tenga cuidado
si á un dedo me toca:
sabré devorarla
con ojos y boca.
De sierpe, en el seno,
escondo el veneno.
Quién soy, quién es ella,
entonces verá.
- SINFOROSA.** Mas tenga cuidado,
si á un dedo me toca:
sabré devorarla
con ojos y boca.
De sierpe, en el seno,
escondo el veneno.
Quién soy, quién es ella,
entonces verá.
- BLAS.** *(Bien alzan el grito
la vieja y la niña.)*
Moderen su furia:
ya basta de riña.
Paciencia me falta...
La voz no tan alta..!
Aquí, Sinforosa...

Y vos, id allá.

(En la furia con que se espresan una y otra, Blas intenta apaciguarlas; y separándolas, deja á Sinforosa á su izquierda, la cual cae en una violenta convulsion.)

Hablado.

Qué hago así con mi mujer..?
Os gusta la escena?

ANITA. A mí..?

BLAS. Si no escapamos de aquí
los otros van á volver.
Socorro! Bonito rato!
Si enviudo, con qué la entierro?
Estoy por morderla...

SINFOROSA. (Ah perro!)

BLAS. O por arañarla...

SINFOROSA. (Ah gato!)

BLAS. Antes que volver á ver
los duendes de esta mansion,
si dura la convulsion,
les deajo aquí mi mujer.
No teneis por ahí un tarro
con cualquier cosa, alma mia?

SINFOROSA. (Ah basilisco!)

BLAS. Daria

mi drama por un cacharro
de esos que todo marido
bien es que á la mano tenga,
para, segun le convenga,
dar ó quitar el sentido.
Qué haceis tan parada?

ANITA. Yo

no creo en eso.

SINFOROSA. *(Levantándose.)* Me degüella!
Y qué se le importa á ella
que yo esté convulsa ó no?

ANITA. Lo váis viendo? Ya está buena.

SINFOROSA. Sí, mal que pese á los dos:

- buena y con uñas.
BLAS. (Ay Dios!)
 No te acalores, morena.
SINFOROSA. Os he de hacer salpicon
 á tí y á tu dama hermosa.
BLAS. (Toma, y lo hará!) Sinforosa,
 vuélvete á la convulsion.
SINFOROSA. Cuésteme lo que me cueste...
ANITA. Pero estais loca de atar..!
SINFOROSA. El diablo ós ha de llevar.

ESCENA VII.

DICHOS , ISIDORO , *que viene por la puerta secreta con un Monedero.*

- ISIDORO.** (*Echándole una cadena á Blas.*)
 El diablo se lleva á este...
BLAS. Ay! Que me rompen la crisma.
SINFOROSA. Ay, Blas! Blas!
BLAS. Que se me inmola!
ANITA. Fuego!
BLAS. No.
ANITA. Sí.
BLAS. (*Disparando maquinalmente.*) La pistola
 se ha disparado á sí misma.
ISIDORO. (*Ese ruido... Maldicion!*)
BLAS. Ay! Me ha dado un puntapié.
ISIDORO. (*Viene gente... ganaré
 la puerta; es mi salvacion.*)
(Vase dejando la escena á oscuras.)

ESCENA VIII.

ANITA , BLAS , SINFOROSA.

- ANITA.** Nos hemos quedado á oscuras.
SINFOROSA. Blas, esposo, dónde estás?
BLAS. En el infierno quizás,
 llorando mis desventuras.

RAIMUNDO. (*Dentro.*) Ana?

ANITA. (*Abriendo.*) Raimundo adorado! (*Se abrazan.*)

ESCENA IX.

DICHOS, RAIMUNDO, ALBERTO, INÉS, PUEBLO. .

SINFOROSA. Qué es esto?

BLAS. No lo comprendes?

Pues yo tampoco... Y los duendes?

ALBERTO. Los duendes ya se han marchado.

RAIMUNDO. Yo perdida te lloré.

ANITA. No creiste que podría
olvidarte?

RAIMUNDO. No, Ana mia.

Tengo mucha fé en tu fé.

ANITA. Ah! Gracias! Robada á tí,
en mi aislamiento profundo,
solo pensaba en Raimundo,
que el alma entera te dí.

ALBERTO. Si me ofreceis mi perdon,
yo, don Raimundo, os prometo
revelaros el secreto
de tanta y tanta ficcion.

BLAS. Yo lo sé.

ALBERTO. No sabeis nada.
Vos habeis sido, cuitado,
el mas necio, que ha habitado
la casa deshabitada.

ANITA. Bien haya la habitacion,
que yo en ella te lloré,
y yo en ella te encontré,
dueño de mi corazon.

Canto.

Cesaron mis ansias :
que al fin logré verte ;
nos une la suerte :

no hay dicha mayor.
Un alma en dos almas
confunda el aliento:
placeres sin cuento
nos brinda el amor.

FIN DE LA ZARZUELA.

Esta Zarzuela se vende á 8 reales en Madrid en la CONTADURÍA DEL TEATRO DE LA ZARZUELA, y en las librerías de *Cuesta*, calle de Carretas; de *Bailly-Bailliere*, calle del Príncipe; y de *Lopez*, calle del Cármen. En las Provincias, en las principales librerías.

En los mismos puntos se venden las zarzuelas tituladas LA EMBAJADORA.—LA PERLA NEGRA.—EL JÓVEN VIRGINIO.—LA DAMA BLANCA.—EL DOMINÓ NEGRO.—EL CAPITAN ESPAÑOL.—EL ROBO DE LAS SABINAS.—EL FIRMANTE.—POR FALTAS Y SOBRAS.—EL BURLADOR BURLADO.—EL SORDO.—FRASQUITO.—EL NIÑO.—¡UN DISPARATE!!—ZAMPA Ó LA ESPOSA DE MÁRMOL.—¡UNA EMOCION! y las comedias tituladas LA CALLE DE LA MONTERA y LA CULEBRA EN EL PECHO.